

BROTHERS AND SISTERS TO US

**U.S. BISHOPS' PASTORAL LETTER
ON RACISM IN OUR DAY**

Edición Bilingüe

Revised to include
FOR THE LOVE OF ONE ANOTHER

United States Conference of Catholic Bishops

NUESTROS HERMANOS Y HERMANAS

**LA CARTA PASTORAL
DE LOS OBISPOS
DE LOS ESTADOS UNIDOS
SOBRE EL RACISMO HOY DIA**

El racismo es un mal que perdura en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia. A pesar de los avances aparentes y aun con los cambios significativos que han tenido lugar durante las dos décadas pasadas, el racismo es una realidad evidente. En gran parte es solamente la apariencia externa la que ha cambiado.

En el 1958 hablamos en contra de los métodos obvios del racismo que por medio de leyes discriminatorias y segregación forzada dividía a la sociedad. Señalamos el mal moral que negaba a los hermanos su dignidad de hijos de Dios y sus derechos que Dios les ha dado.¹ Diez años más tarde, en una segunda carta pastoral, volvimos a subrayar el escándalo continuo del racismo y pedimos una acción decisiva para erradicarlo de nuestra sociedad.²

Reconocemos y alabamos la disposición de tantos americanos que se esfuerzan en la reducción y la eliminación del prejuicio en contra de las minorías. Estamos convencidos de que la mayoría de los americanos se dan cuenta de que la discriminación racial es tanto injusta como indigna de esta nación.

No negamos que se han hecho cambios, que se han pasado leyes, que se han implementado políticas. No negamos que las facciones deformes del racismo, las cuales mancharon a nuestra sociedad han sido eliminadas en parte. Pero tampoco se puede negar que estos cambios son superficiales y no un cambio fundamental. Hoy en día el sentido de urgencia ha cedido a una aceptación aparente del status quo. El ambiente de crisis causado por las manifestaciones, protestas, y confrontaciones ha llevado a la indiferencia, y nuestra atención hacia otros asuntos.

En respuesta a esta indiferencia, queremos llamar la atención a la presencia persistente del racismo y, en una forma especial, a la relación que existe entre la justicia racial y económica. El racismo y la opresión económica son dos cosas distintas, pero a la vez son fuerzas que se relacionan y privan a nuestra sociedad de sus atributos humanos. Una acción hacia una verdadera justicia demanda un ataque simultáneo de estos dos males. Nuestra estructura económica está sufriendo cambios básicos que amenazan con intensificar las desigualdades sociales en nuestra nación. Estamos comenzando una época que se caracteriza por

¹*Discrimination and Christian Conscience*. National Catholic Welfare Conference. 1958.

²*National Race Crisis*. National Conference of Catholic Bishops. 1968.

limitados recursos, oportunidades de trabajo y de ingresos. En estas circunstancias son a los pobres y a las minorías raciales a quienes se les pide que sostengan la carga más pesada de las nuevas presiones económicas.

Esta nueva crisis económica revela el hecho de que el racismo todavía existe, penetra las estructuras de nuestra sociedad y mora en los corazones de muchos que forman la mayoría. Por ser menos obvia, esta sutil forma de racismo es, de cierta manera, aun más peligrosa, difícil de combatir y fácil de ignorar. Se margina a un gran número de la población. Al ser mayor la presión económica, aquellos que son negros, hispanos, indios americanos y asiáticos, y muy a menudo pobres, se van adentrando cada vez más en el eterno ciclo de la pobreza, la privación, la ignorancia, la enfermedad, y el crimen. Para ellos, la identidad racial es una cortina de hierro que les prohíbe el paso a una vida y a una subsistencia decentes. Las presiones económicas empeoran el racismo, en particular donde personas blancas pobres compiten con las minorías por conseguir oportunidades limitadas de trabajo. La Iglesia no debe olvidar estas presiones económicas. Tenemos que ser sensitivos a la tensión racial, innecesaria e infortunada que resulta de este tipo de necesidad económica.

La Iglesia, teniendo en cuenta su deber de ser la defensora de los que tienen hambre y sed de justicia, no puede permanecer silenciosa a las injusticias raciales en la sociedad y en sus propias estructuras. Nuestra preocupación en cuanto al racismo proviene de nuestro compromiso firme a la evangelización. El Papa Juan Pablo II ha definido la evangelización como el llevar la conciencia, tanto individual como social, hacia una conformidad con el evangelio.³ Traicionaríamos nuestro compromiso de evangelizarnos y evangelizar a nuestra sociedad si es que no alzamos nuestra voz para condenar las actitudes y las prácticas tan opuestas al evangelio. Por eso, como obispos de los Estados Unidos, dirigimos nuevamente nuestras reflexiones pastorales sobre el racismo a nuestros hermanos y hermanas de todas las razas.

Hacemos esto conscientes del hecho que el racismo es sólo una de las expresiones de la discriminación que corrompe nuestra sociedad. Tal discriminación contradice nuestras tradiciones civiles y religiosas. Los Estados Unidos de América se apoyan en una herencia constitucional que reconoce la igualdad, la dignidad, y los derechos inalienables de todos sus ciudadanos. Además, somos parte de una tradición religiosa que proclama que todos los hombres y las mujeres, por ser hijos de Dios, son hermanos y hermanas. Cualquier discrimen en contra de individuos o grupos, ya sea por su raza, cultura, religión, sexo, posición económica, o

por su nacionalidad, es una injusticia seria que ha debilitado nuestra sociedad y ha privado a nuestro país de las contribuciones especiales de muchos de sus ciudadanos. Al mismo tiempo que damos cuenta de estos problemas, queremos llamar la atención a la expresión del discrimen basado en la raza.

EL PECADO DEL RACISMO

El racismo es un pecado: un pecado que divide la familia humana, borra la imagen de Dios en algunos miembros específicos de esa familia, y viola la dignidad humana fundamental de los llamados a ser hijos del mismo Padre. El racismo es el pecado que expresa que algunos seres humanos son superiores y otros son esencialmente inferiores por su raza. Es el pecado que hace que las características raciales sean el factor que determine la práctica de los derechos humanos. Se burla de las palabras de Jesús: "Entonces, todo lo que ustedes desearían de los de más, háganlo con ellos: ahí tienen toda la Biblia."⁴ En verdad, el racismo es algo más que el ignorar las palabras de Jesús; es la negación de la realidad de la dignidad de cada ser humano revelada por el misterio de la encarnación.

Para poder encontrar las fuerzas para eliminar el mal del racismo, tenemos que mirar hacia Cristo. En Cristo Jesús "ya no hay diferencia entre quien es judío y quien griego, entre quien es esclavo y quien hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer. Pues todos ustedes son uno en Cristo Jesús."⁵ Como el Papa Juan Pablo II ha dicho tan claramente, "Nuestro espíritu se dirige hacia un camino, el único camino para nuestro intelecto, voluntad y corazón—hacia Cristo nuestro Redentor, hacia Cristo, el Redentor de (la humanidad).⁶ Entonces, es en Cristo que la Iglesia encuentra el motivo central de su compromiso con la justicia, y con la lucha por los derechos humanos y la dignidad de todas las personas.

Cuando cedemos ante el miedo que sentimos porque la otra persona es de una raza distinta a la nuestra, cuando juzgamos de antemano los motivos de otra persona precisamente porque es de un color diferente, cuando estereotipamos o nos burlamos de la persona por su raza y su cultura, no le hacemos caso a las palabras del profeta Amós: "Busquen el bien y no el mal si quieren vivir, para que así Yavé esté con ustedes, como tanto lo repiten ... Quiero que la justicia sea tan corriente como el agua, y que la honradez crezca como un torrente inagotable."⁷

Hoy en día, en nuestro país se les niegan oportunidades a hombres, mujeres, y niños de participar plenamente y progresar en nuestra sociedad sólo por su raza. Los sistemas educacionales,

⁴Maleo, 7:12.

⁵Gálatas, 3:28.

⁶Redemptor Hominis, 7, Papa Juan Pablo II, 1979.

⁷Amós, 5:14,24.

³S.S. Juan Pablo II, Mensaje a los Pueblos de América Latina de la III Conferencia General, Puebla, Mexico, 28 de enero de 1979, p. 1, 2.

legales, y económicos, junto con otras estructuras y sectores de nuestra sociedad, impiden el progreso de las personas y les limitan su acceso porque son negros, hispanos, indios americanos o asiáticos.

Las estructuras de nuestra sociedad son sutilmente racistas porque ellas reflejan los valores de la sociedad. Estas estructuras están dirigidas al éxito de las mayorías y al fracaso de las minorías. Los miembros de ambos grupos dan su completa aprobación al aceptar las cosas como son. Quizás no se puede culpar a ningún individuo. Nadie reclama el pecado, pero es una realidad. El pecado es de naturaleza social porque cada uno de nosotros en mayor o menor grado es responsable. Todos, hasta cierto punto, somos cómplices. Como afirma nuestra reciente carta pastoral acerca de los valores morales: "La ausencia de una culpa personal por un mal no absuelve a uno de toda la responsabilidad. Debemos tratar de hacerles frente y borrar las injusticias que no hemos causado, no sea que nos convirtamos en espectadores silenciosos que aprobamos el mal y por consiguiente, compartimos la culpa."⁸

EL RACISMO ES UN HECHO

Muchas personas creen que el racismo ya no es un problema existente en la vida americana porque las cortes han eliminado la discriminación racial legal y el Congreso ha decretado legislación de derechos civiles, y porque algunos grupos minoritarios han alcanzado algún éxito. Sin embargo, cuando miramos más profundamente al nivel nacional, como por ejemplo, en el caso del desempleo, vemos que el racismo todavía existe. En el segundo trimestre del 1979, un 4.9% de los americanos blancos estaban desempleados; pero los negros, el porcentaje era de un 11.6%; para los hispanos un 8.3%; y para los indios americanos que viven en reservaciones la cifra llegaba a un 40%. La situación es aun más inquietante cuando uno se da cuenta de que un 35% de la juventud negra, un 19.1% de la juventud hispana, y un cálculo del 60% de la juventud india americana estaba desempleada.⁹ Esto quiere decir que un gran porcentaje de los adultos del futuro no pueden conseguir empleos provechosos—un prerequisite esencial para una vida adulta responsable. Estos mismos jóvenes actualmente sufren los efectos dañinos de un sistema educacional segregado que muchas veces no ilumina la mente y no libera el espíritu, y que a menudo también inculca una convicción de inferioridad y frecuentemente gradúa a personas que no están preparadas e inadecuadamente entrenadas. Además, el racismo forma parte de la violencia que a menudo acompaña los esfuerzos por conseguir un balance racial en la educación y la vivienda.

⁸*Vivir en Cristo Jesús*, p.25. Conferencia Nacional de Obispos Católicos, 1976.

⁹*Employment and Earnings*, Vol. 26, No. 10, Dept. of Labor, Bureau of Labor Statistics, October, 1979.

En lo que se refiere a la vida familiar, reconocemos que las décadas de negación del acceso a las oportunidades han sido una carga abrumadora para familias minoritarias. La discriminación racial sólo ha empeorado la relación dañina que existe entre la pobreza y la inestabilidad familiar.

El racismo es algo muy obvio en los patrones de vivienda en nuestras grandes ciudades y suburbios. Observa el deterioro de barrios y la segregación que existe en muchos suburbios debido a la práctica injusta de mantener un determinado nivel social o de negar la entrada a ciertas personas. Observa también el gran porcentaje de hispanos, negros, y de indios que reciben ayuda del gobierno y el hecho de que el ingreso promedio de familias que no son blancas es sólo un 63% del ingreso promedio de una familia blanca. Además la distancia que existe entre los ricos y los pobres se hace mayor, no menor.¹⁰

El racismo es obvio cuando notamos que la mayoría de prisioneros en nuestras cárceles pertenecen a grupos minoritarios; que los crímenes de violencia son el compañero fiel de una vida de pobreza y privación; y que las víctimas de tales crímenes también son en su mayoría pobres y no blancos. El racismo también es obvio en las actitudes y el comportamiento de algunos miembros de la policía y en la falta de igualdad en cuanto a la asistencia legal disponible.

Finalmente, a veces el racismo es obvio en el creciente sentimiento que expresa que a los grupos minoritarios se les da mucho debido a su raza. Este dinero se les da por medio de programas de acción positiva o por medio de dinero asignado para remediar el desbalance existente desde hace mucho tiempo en la representación de las minorías y en programas gubernamentales para los que están en desventaja. A veces, las protestas que reclaman que a todos se les debe tratar igual reflejan el deseo de mantener el estado actual que favorece a una raza o a un grupo social a expensas de los pobres y los no blancos.

El racismo tapa los males del pasado y niega la carga que la historia ha colocado sobre los hombros de nuestros hermanos y hermanas negros, hispanos, indios americanos, y asiáticos. Una mirada honesta al pasado hace simple la necesidad de restituir donde sea posible—hace evidente la justicia de restauración y redistribución.

UNA MIRADA HACIA EL PASADO

El racismo ha sido parte de la fibra social de América desde su colonización europea. Ya se trate del pasado trágico de los indios americanos, los mejicanos, los puertorriqueños, o los negros, la

¹⁰*Widening Economic Gap*, National Urban League, Research Dept., 1979. See also "Consumer Income", Current Population Report, Series P60 *118, 1979.

historia es una de esclavitud, servidumbre, explotación económica represión brutal, y abandono cultural. Todos han sufrido indignidades; la mayoría ha sido desarraigada, defraudada o desposeída de sus tierras; y ninguno ha podido escapar de alguna forma de degradación colectiva impuesta por una mayoría que tiene poder. Nuestra historia está llena de promesas y tratados que se han roto, y también de linchamientos y masacres que casi destruyeron a los indios, que humillaron a los hispanos, y abrumaron a los negros.

Pero, a pesar de esta trágica historia, las minorías raciales de nuestro país han sobrevivido y aumentado. Cada grupo racial ha profundizado sus propias raíces en nuestra cultura, y así han ayudado a darles a los Estados Unidos su carácter único y su colorido. La contribución de cada minoría racial es característica y muy rica; cada minoría es una fuente de fuerza interna para nuestra nación. La historia de todos estos grupos da testimonio de una verdad que ya ha sido asimilada en la conciencia colectiva de los americanos: su lucha ha sido una promesa de libertad y un reto para alcanzar una grandeza futura.

EL RACISMO HOY DIA

Hoy en día, las expresiones groseras y obvias de sentimientos racistas, aunque de vez en cuando se oyen, se consideran de mal gusto. Sin embargo, el racismo persiste disimuladamente. Bajo las apariencias de otros motivos, el racismo se manifiesta en la tendencia de estereotipar y marginar a grupos completos cuya presencia se considera una amenaza. También se manifiesta en la indiferencia que sustituye al odio. Se consideran los grupos minoritarios pobres escombros de una sociedad post industrial—sin destrezas, sin motivación, sin incentivos. Se puede vivir sin estos grupos. Muchas veces la nueva cara del racismo es lo impreso por una computadora, el gráfico de ganancias y pérdidas, las estadísticas sin nombre. El racismo de hoy florece en el triunfo del interés privado por encima de la responsabilidad pública, el éxito personal por encima de la compasión auténtica. Entonces, nosotros también reconocemos que el racismo existe en las actitudes y el comportamiento de algunas personas que forman parte de un grupo minoritario. Los ideales cristianos de justicia deben ser impuestos en los sectores privados y públicos para eliminar el racismo simulado de dondequiera que existe.

Las nuevas formas del racismo deben enfrentarse con la figura de Cristo. La palabra de Cristo es lo que juzga a este mundo; la cruz de Cristo es la medida de nuestra respuesta; y la cara de Cristo es el mosaico de todas las personas, pero de una manera muy significativa, de los pobres, los marginados, y las minorías de hoy.

EL JUICIO DE DIOS Y SU PROMESA

LA VOZ DE LAS ESCRITURAS

La respuesta cristiana a los retos que nuestra época nos ofrece se encuentra en la Buena Nueva de Jesús. Las palabras que señalaron el comienzo de su ministerio público deben ser el lema de cada respuesta cristiana a la injusticia, "Le pasaron el libro del profeta Isaías; desenrolló el libro y halló el pasaje en que se lee: El Espíritu del Señor está sobre mí, por el que me consagró. Me envió a traer la Buena Nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor. Jesús entonces, enrolla el libro, lo devuelve al ayudante y se sienta... 'Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar.'"11

La palabra de Dios proclama la unidad de la familia humana desde las primeras palabras del Génesis, a las del libro de la Revelación, "Ven, Señor Jesús." La palabra de Dios en Génesis anuncia que todos los hombres y mujeres han sido creados a imagen de Dios; no sólo *algunas* razas, sino que *todos* llevan el signo del Creador y reciben la vida por el aliento de su Espíritu.

La palabra de Dios, al proclamar la liberación de Israel, proclama la liberación de la esclavitud de todos los pueblos. La palabra de Dios proclama también que todas las personas son responsables unos a otros. Este es el mensaje de la gran parábola del Juicio Final: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria rodeado de todos sus ángeles ... Delante de El se reunirán todas las naciones ... Separará unos de otros, poniendo las ovejas a su derecha y los machos cabríos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que están a la derecha: '¡Bendecidos por mi Padre!... Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Pasé como forastero y ustedes me recibieron en su casa ... En verdad les digo que cuando lo hicieron con alguno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicieron conmigo.'"12

La palabra de Dios proclama que la persona "que escucha la Palabra y no la practica, es como un hombre que se mira en el espejo y que apenas deja de mirarse, se olvida de cómo era."13 Nos hemos olvidado que "ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos del pueblo de los santos: ustedes son de la casa de Dios. Ustedes son la casa, cuyas bases son los apóstoles y los profetas, y cuya piedra angular es Cristo Jesús."14

¹¹Lucas, 4:17-21

¹²Mateo, 25:31-40

¹³Santiago, 1:23-24

¹⁴Efesios, 2:19-20

LA VOZ DE LA IGLESIA

Este es el misterio de nuestra Iglesia, que todos los hombres y mujeres son hermanos y hermanas, todos son uno en Cristo, todos llevan la imagen del Dios Eterno. La Iglesia es verdaderamente universal, abarcando a todas las razas, porque es "el sacramento visible de esta unidad salutífera."¹⁵ Además, la Iglesia sigue el ejemplo de su fundador y, "se une por medio de sus hijos a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y los afligidos."¹⁶

Esta Iglesia tiene el deber de proclamar la verdad acerca del ser humano como ha sido revelada en la verdad acerca de Jesucristo. Como el Papa Juan Pablo II ha escrito: "Por el misterio de la Redención (todo ser humano) ha sido encomendado al cuidado de la Iglesia."¹⁷

Es importante darse cuenta, en el caso del racismo, que estamos tratando con una distorsión en el mismo corazón de la naturaleza humana. El remedio final contra los males como éste no se logrará sólo por los esfuerzos humanos. Lo que se necesita es la recreación del ser humano de acuerdo a la imagen revelada en Cristo Jesús. Porque El revela en sí mismo en lo que cada ser humano puede y debe convertirse.

Por lo tanto, ¡cuán grande es el pecado del racismo que debilita el testimonio de la Iglesia como signo universal de unidad entre todas las personas! ¡Cuán grande el escándalo que dan los católicos racistas que hacen del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, un signo de opresión racial! Sin embargo, muy a menudo en nuestro país, la Iglesia ha sido para muchos una "Iglesia Blanca," una institución racista.

Cada uno de nosotros, como católicos, debemos reconocer que compartimos los errores y los pecados del pasado. Muchos de nosotros hemos sido prisioneros del miedo y del prejuicio. Hemos predicado el evangelio mientras cerramos los ojos ante el racismo que El mismo condena. Hemos permitido que la conformidad ante las presiones sociales sustituya el acuerdo con la justicia social.

Pero los errores del pasado no deben impedir la respuesta de la Iglesia a los retos del presente. La Iglesia hoy día, en el mundo entero, no es sólo europea y americana; es también africana, asiática, india, y oceánica. Es oriental, occidental, norteña y sureña, negra y también morena, blanca y también roja y amarilla. En nuestro propio país, una cuarta parte de los católicos son de habla hispana. Un millón de católicos negros hacen del catolicismo una de las denominaciones más grandes entre los negros americanos

hoy día. Entre los habitantes oriundos de nuestro país, los indios americanos, la presencia de la Iglesia se está desarrollando y expresando más y más entre las culturas de las variadas tribus nativas americanas.

Es un hecho que a través de los años las diócesis católicas y las comunidades religiosas en el país han comprometido personal seleccionado y fondos considerables para aliviar la opresión y corregir injusticias, y que han tratado de traer el evangelio a los diversos grupos raciales en nuestro país. La Iglesia ha tratado de ayudar a los pobres y a los oprimidos, quienes, en su mayoría, son también víctimas de la opresión racial. Pero esta relación ha sido y sigue siendo de ambas partes y reciprocas; porque la iniciativa de las minorías raciales, uniéndose a su fe católica, ha ayudado a que la Iglesia crezca, se adapte, y se convierta en verdaderamente católica y notablemente diversa. Hoy día en nuestro país el rostro del catolicismo es el rostro de la humanidad—un rostro de muchos colores, de muchas culturas.

Pero se necesita aún más la voz profética de la Iglesia, la cual debe oírse en todos los tiempos y en los confines del mundo, no debe ser silenciada—especialmente por el testimonio negativo de algunos de sus propios miembros. Que la Iglesia hable, no sólo en las asambleas de los obispos, sino en cada diócesis y parroquia del mundo, en cada capilla y cada convento, en cada escuela, en cada agencia de servicios sociales, y en cada institución que lleva el nombre de católica. Como ha proclamado el Papa Juan Pablo II, la Iglesia debe darse cuenta de las amenazas a la humanidad y de todo lo que está en contra del esfuerzo de hacer más humana la vida misma. La Iglesia debe esforzarse por hacer que todos los elementos de la vida humana correspondan con la verdadera dignidad de la persona humana.¹⁸ Y durante su visita reciente a este país, el Papa Juan Pablo II discutió lo que esto implica en forma directa para la Iglesia en los Estados Unidos:

"Uno de los mayores logros de este país siempre será que cuando las personas miraron hacia América, ellos recibieron una oportunidad para su propio progreso junto con la libertad. Esta tradición se debe continuar honrando. Esta libertad se debe ratificar cada día con un firme rechazo de cualquier herida que debilite o deshonne la vida humana. Y por eso hago un llamamiento a todos los que aman la libertad y la justicia a que le den una oportunidad a todos los necesitados, a los pobres y a los faltos de poder. Rompan los círculos viciosos de pobreza e ignorancia que aún son la suerte de muchos de nuestros hermanos y hermanas; los círculos viciosos del prejuicio que permanecen a pesar de un gran progreso para conseguir una calidad efectiva en la educación y en los empleos; los círculos viciosos en los

¹⁵Constitución Dogmática Sobre la Iglesia, 9.

¹⁶Decreto Sobre la Actividad Misionera de la Iglesia, 12.

¹⁷Redemptor Hominis, 13, 14.

¹⁸Redemptor Hominis, 14.

cuales todos los que no tienen una alimentación, albergue o empleo decentes se encuentran prisioneros..."¹⁹

Por eso, que la Iglesia proclame a todos que el pecado del racismo corrompe la imagen de Dios y degrada la dignidad sagrada de la humanidad, la cual ha sido revelada por el misterio de la Encarnación. Que todos sepan que es un pecado terrible que se burla de la cruz de Cristo y ridiculiza la Encarnación. Porque el hermano y la hermana de nuestro hermano Jesucristo son nuestros hermanos y hermanas.

LA VOZ DEL MUNDO

Descubrimos la voluntad de Dios para nosotros no sólo en las Escrituras y en las enseñanzas de su Iglesia sino también en los asuntos y eventos de la sociedad secular. "La Iglesia reconoce, además, cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica."²⁰ Así habló la Iglesia, especialmente a los laicos, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales en favor de la justicia y de la unidad de la humanidad.²¹

Con esto en mente, le rendimos un tributo especial a los que han luchado y luchan hoy día por los derechos civiles y la justicia económica en nuestro propio país. Tampoco pasamos por alto la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas que todavía le habla a la conciencia del mundo entero y los varios convenios internacionales que exigen que se elimine la discriminación por la raza. Ninguno de estos, desafortunadamente, han sido ratificados por nuestro país, considerando que nosotros en América deberíamos de haber sido los primeros en hacerlo. Todos tenemos un deber de prestarle atención a la voz de Dios que nos habla en estos documentos.

NUESTRA RESPUESTA

El racismo no es sólo un pecado entre muchos otros; es un mal radical que divide la familia humana y niega la nueva creación de un mundo redimido. La lucha en contra del racismo demanda una transformación tanto en nuestras mentes y nuestros corazones como en la estructura de nuestra sociedad que sea tan radical como el mal mismo.

La conversión es la eterna tarea de cada cristiano. Al ofrecer ciertas normas para esta conversión de corazón en lo relacionado al racismo, notamos que sólo son los primeros pasos en lo que debería ser un diálogo continuo a través de la comunidad cristiana y la nación en su totalidad. En este contexto nos gustaría instar que los programas y planes existentes tales como los relacionados con

¹⁹Homilía en Battery Park, Nueva York, Papa Juan Pablo II, October, 1979.

²⁰Constitución Pastoral Sobre la Iglesia en el Mundo Actual, 42.

²¹Constitución Pastoral Sobre la Iglesia en el Mundo Actual, 43.

el ministerio familiar, la renovación de la parroquia, y la evangelización, sean usados como vehículos para la implementación de las medidas que se han expuesto aquí.

NUESTRAS VIDAS PERSONALES

A la medida que el prejuicio racial afecta nuestras actitudes y juicios personales, a la medida que dejamos que otra raza influya nuestra relación y limite nuestra mente abierta, a la medida que aun cuando vemos, les cerramos nuestros corazones a nuestros hermanos y hermanas necesitados—²² en tal medida estamos llamados a la conversión y a la renovación en amor y justicia.

Debemos de tratar, como individuos, de influir en las actitudes de los demás al rechazar explícitamente los estereotipos racistas, los comentarios racistas, y los chistes racistas. Debemos de influir en los miembros de nuestras familias, especialmente nuestros hijos, para que sean sensitivos a los auténticos valores humanos y las contribuciones culturales de cada grupo de cualquier raza en nuestro país.

Debemos ser más sensibles y por consiguiente, sensibilizar a nuestras amistades al aprender más cerca de como las estructuras sociales impiden el progreso económico, educacional, y social de los pobres. Debemos hacer un compromiso personal de unirnos con otros en esfuerzos políticos para alcanzar la justicia para las víctimas de tal privación.

NUESTRA COMUNIDAD ECLESIAL

La Iglesia debe estar siempre atenta a la voz del Señor cuando llama a su Pueblo al entendimiento.²³ Instamos que en todos los niveles la Iglesia católica en los Estados Unidos examine su conciencia en lo relacionado con actitudes y comportamiento hacia los negros, hispanos, indios americanos, y asiáticos. Instamos que se considere el mal del racismo tal y como existe en la Iglesia local y que se reflexione acerca de cómo combatirlo. Instamos que se preste una atención extrema en todos los niveles para asegurar que haya una representación de las minorías que sea más que una mera formalidad y que envuelva un compartir auténtico de la responsabilidad y toma de decisiones.

Animamos a los católicos a que se unan con miembros de otros grupos religiosos en el espíritu de ecumenismo para alcanzar las metas comunes de justicia y paz. Durante la lucha para alcanzar un reconocimiento legal de la justicia racial se escribió un capítulo importante en la historia americana, al unirse los grupos religiosos de los judíos, protestantes y católicos en apoyo de un movimiento de derechos civiles que comenzó y se inspiró en las iglesias negras

²²1 Juan, 3:17.

²³Salmos, 94:8.

protestantes. Esta cooperación debe continuar como modelo hoy día.

Muy a menudo, donde se encuentran muchas personas negras, hispanas, indios americanos, y asiáticos, los oficiales y representantes de la Iglesia tanto los del clero como los laicos son blancos en su mayoría. Los esfuerzos para conseguir un balance racial en el gobierno, los medios de comunicación, las fuerzas armadas, y otras áreas cruciales de la vida secular no sólo deben ser apoyados, sino superados en las instituciones y programas de la Iglesia católica.

Se debe tener un cuidado especial para fomentar las vocaciones religiosas entre los grupos de minoría.²⁴ El entrenamiento para el sacerdocio, el diaconado permanente, y la vida religiosa no debe ocasionar un abandono de la cultura y las tradiciones o una pérdida de la identidad racial, sino que debe buscar los medios para que la cultura y las tradiciones puedan contribuir a ese entrenamiento. Se debe tener un cuidado especial cuando haya que corregir actitudes racistas o el comportamiento del personal de un seminario o de los seminaristas. La educación en un seminario debería incluir la creación de una conciencia en cuanto a la historia y las contribuciones de los grupos minoritarios y una apreciación del enriquecimiento de la expresión litúrgica, especialmente a nivel de la parroquia local, que se puede ver en sus respectivas culturas.

Reafirmos las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la liturgia al notar que "la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia."²⁵ La Iglesia debe, "respetar y promover el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos."²⁶ y animar la incorporación de estos dones en la liturgia.

Vemos el valor que tiene el fomentar una mayor diversidad de representantes de grupos raciales y minoritarios en la jerarquía. Además, pedimos que se adopte un programa efectivo y positivo de acción en cada diócesis y cada institución religiosa.

Instamos con insistencia que se le dé atención especial al problema de los obreros indocumentados y que se haga el esfuerzo necesario para eliminar el miedo y el prejuicio de los cuales son víctimas.

Pedimos, en particular, que las instituciones católicas, como las escuelas, universidades, agencias de servicios sociales, y hospitales donde muchos miembros de las minorías a menudo tienen empleo, revisen sus políticas para que concuerden fielmente con la enseñanza de la Iglesia acerca de la justicia para con los

²⁴Interés vocacional de grupos de minorías y la preparación de sacerdotes para servir en una sociedad multi-cultural y multi-racial ha sido expresado previamente en *El Programa para Formación Sacerdotal*, que fue desarrollado y aprobado por la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, 1976.

²⁵*Constitución Sobre la Sagrada Liturgia*, p. 10.

²⁶*Constitución Sobre la Sagrada Liturgia*, p. 37.

trabajadores y del respeto de sus derechos. Recomendamos que se examinen los ficheros de inversiones para determinar si se están apoyando, inconscientemente, algunas instituciones y políticas racistas; y que, cuando sea posible, los fondos de grupos religiosos se pongan a la disposición para crear nuevas formas alternativas de inversión, como las cooperativas, inversiones de terrenos, y viviendas para los pobres. Recomendamos también que las instituciones católicas eviten usar los servicios de agencias e industrias que se niegan a llevar a cabo una acción positiva para lograr un balance en las oportunidades y que la Iglesia misma siempre sea un modelo que ofrece iguales oportunidades para todos.

Recomendamos que se establezcan programas para entrenar líderes a nivel local para así favorecer una dirección efectiva entre las minorías raciales en todos los niveles de la Iglesia, tanto local como nacional.

Recomendamos, muy en particular, el apoyo activo tanto espiritual como material de asociaciones e instituciones organizadas por católicos negros, hispanos, indios americanos, y asiáticos que existen dentro de la Iglesia que formentan el ministerio para y por sus respectivas comunidades. También se necesita dar más atención para buscar maneras en que las minorías trabajen en conjunto, más allá de las barreras raciales y culturales, para evitar la duplicidad y la competencia entre ellas. También se necesitan los esfuerzos cooperativos entre las minorías raciales y otros grupos de acción social, tales como los laborales y los del movimiento en favor de la mujer.

Por último, recomendamos con urgencia la continuación y la expansión de las escuelas católicas en las ciudades y otras áreas en desventaja. No existe ninguna otra forma de ministerio cristiano que haya sido aplaudido ni deseado tanto por los líderes de las diferentes comunidades raciales, como el de las escuelas católicas. La Iglesia en los Estados Unidos, durante los últimos ciento cincuenta años, se ha distinguido por sus esfuerzos por educar a los pobres y los necesitados, muchos de los cuales no son católicos. Esa tradición continúa hoy en día entre otros lugares—las escuelas católicas donde tantos negros, hispanos, indios americanos, y asiáticos reciben un tipo de educación y formación que constituye una clave para obtener más libertad y dignidad. Sería una tragedia si hoy, en presencia de una gran necesidad y hasta casi en desesperación, la Iglesia, la maestra y la protectora de la civilización durante siglos, no continuara esta labor en nuestra sociedad. No existe un sacrificio tan enorme, no hay precio tan elevado, ningún plan puede ser tan importante que amerite la reducción de nuestro compromiso a la educación católica en barrios minoritarios. Se debe tratar de que las parroquias más afluentes se den cuenta de esta necesidad y de las oportunidades que tienen de compartir recursos con los pobres y necesitados en

una forma que reconoce la dignidad tanto del donante como del que recibe.

LA SOCIEDAD EN GENERAL

Las personas se desenvuelven en muchos niveles en nuestra sociedad: cada uno de nosotros es llamado a hablar y a actuar a nuestra capacidad y como lo manda el evangelio. Con esta oración nos abstenemos de dar respuestas detalladas a preguntas complejas, para las cuales nosotros mismos no estamos capacitados para darlas. En vez de dar respuestas, proponemos varias normas generales.

Las dificultades de esta época moderna exigen una visión nueva y un valor renovado para transformar nuestra sociedad y alcanzar la justicia para todos. Debemos luchar por alcanzar la justicia racial y económica con determinación y creatividad. En el país, la justicia exige que nos esforcemos por conseguir empleo para todos, reconociendo la necesidad especial de empleo que tienen los que, ya sean hombres o mujeres, tienen la responsabilidad de mantener una familia. La justicia también exige que nos esforcemos por conseguir condiciones laborales decentes, ingresos, vivienda, educación, y cuidados médicos adecuados para todos. El gobierno a nivel nacional y local, debe darle cuentas a todos los ciudadanos con respeto a los servicios básicos que merecen recibir. El sector privado debe laborar junto con diferentes comunidades raciales para asegurar que recibirán una porción justa de las ganancias que han ayudado a crear.

En el mundo, vivimos en una comunidad interdependiente de naciones, algunas ricas, algunas pobres. Algunas consumen grandes cantidades de los recursos mundiales; algunas escasamente logran una vida que logra vencer el hambre. De hecho, la mayoría de las naciones ricas y consumidoras pertenecen a la raza blanca y son cristianas; la mayoría de los pobres del mundo pertenecen a otras razas y religiones.

Con respecto a nuestra relación con otras naciones, nuestra fe cristiana sugiere varios principios de conducta. Primero, las diferencias raciales no deben interferir con nuestro trato justo y pacífico con todas las naciones. Segundo, las naciones que poseen la mayoría de las riquezas mundiales deben, en justicia, compartir con aquellas verdaderamente necesitadas. Por último, el sector privado debe darse cuenta de su responsabilidad de promover la justicia racial, no la subordinación o explotación, promover el desarrollo genuino en las sociedades pobres, no sólo el consumo extremo y el materialismo.

CONCLUSION

Nuestras palabras son una respuesta inicial a una de las inquietudes mayores que surgió durante la consulta sobre la justicia social titulada "un Llamado a la Acción," que fue parte de la

participación de la Conferencia Católica de los Estados Unidos en el bicentenario nacional. El diálogo entre los católicos de nuestro país debe continuar. Hemos propuesto normas y principios y, como obispos de la Conferencia Católica en los Estados Unidos, debemos dar el liderazgo a este esfuerzo al comprometer nuestro tiempo, el personal y los recursos económicos significativos. Otros deben desarrollar los programas y planificar los procedimientos. No se debe volver atrás al emprender el camino hacia la justicia, suspirar por privilegios que se han tenido en el pasado, sentir nostalgia por las soluciones simples de antaño. Puesto que somos los hijos del futuro, cuando los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, cuando benditos son los que sirven a Cristo el Señor en todos sus hermanos y hermanas, especialmente aquellos que son pobres y sufren injusticias.

Related Title

LOVE THY NEIGHBOR AS THYSELF

U.S. Catholic Bishops Speak Against Racism

An excellent collection of articles written by bishops on racism arranged into sections on Catholic social teaching, Catholic expressions/activities, Dr. Martin Luther King Jr. celebration, hate crimes, healing, and ecumenical/interfaith issues. A long-awaited reader that is ideal for class and group use.

No. 5-393, 180 pp.

To order this resource or to obtain a catalog of other USCCB titles, call toll-free 800-235-8722. In the Washington metropolitan area or from outside the United States, call 202-722-8716. Visit the bishops' Internet site at www.usccb.org. Para pedidos en español, llame al 800-235-8722 y presione 4 para hablar con un representante del servicio al cliente en español.



Publication No. 653-0
USCCB Publishing
Washington, D.C.
ISBN 1-55586-653-0

